



 Expediente de
desaparición
Dror Mishani

DESTINO

Expediente de desaparición

Dror
Mishani

Traducción del hebreo
de Marta Lapidés

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1315

Título original: *Tik Ne'edar*

© 2011, Dror Mishani

Publicado originalmente con el título TIK NE'EDAR
por Keter, Jerusalem, 2011

© por la traducción, Marta Alicia Lapides Sercovich, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2015

ISBN: 978-84-233-4888-6

Depósito legal: B. 23.959-2014

Composición: Víctor Igual, S. L

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Printed in Spain - *Impreso en España*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro
y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema
informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito
del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra
la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o
escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web
www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Al otro lado de la mesa había una madre sentada frente a él. Otra madre.

Era la tercera madre que atendía en aquel turno. La primera era demasiado joven y demasiado atractiva, también. Vestía una camiseta blanca ajustada que mostraba un par de clavículas maravillosas. Se había quejado de que a su hijo le habían dado una paliza en el patio del instituto; él la había escuchado con paciencia, como para demostrarle que se tomaría en serio la denuncia. La segunda madre había exigido que la policía enviara un detective para vigilar a su hija a fin de descubrir por qué se pasaba el día susurrando por teléfono y por las noches cerraba con llave la puerta de su dormitorio.

En todas sus últimas guardias, las denuncias habían sido parecidas. La semana anterior, una mujer fue a quejarse de que su nuera le había echado una maldición. Estaba convencido de que los guardias de la recepción de la comisaría llamaban a los transeúntes y les pedían que entraran a presentar denuncias ridículas para mofarse de él. En los turnos de otros investigadores nadie iba a hacer esa clase de denuncias.

Eran las seis y diez de la tarde y, de haber tenido una ventana en el despacho, Avraham Avraham se habría dado cuenta de que empezaba a oscurecer. Ya sabía qué se compraría para cenar de camino a casa y qué vería en

la tele mientras comiera. Pero antes tenía que tranquilizar a la tercera madre. Se quedó como absorto, con la mirada fija en la pantalla del ordenador, esperando el momento oportuno. Al fin preguntó:

—¿Sabe por qué no hay novelas negras en hebreo?

—¿Qué?

—Que por qué no hay novelas negras. ¿Por qué en Israel nadie escribe libros como los de Agatha Christie o *Los hombres que no amaban a las mujeres*?

—No sé mucho de libros.

—Pues se lo explico. Es porque aquí no se cometen esa clase de delitos. No tenemos asesinos en serie ni secuestros, y apenas hay violadores de esos que atacan a las mujeres por la calle. Aquí, cuando se comete un delito, casi siempre es el vecino, o el tío, o el abuelo, y no hace falta complicarse investigando para descubrir al culpable y aclarar el misterio. Nosotros simplemente no tenemos misterios. Esclarecer un crimen siempre es sencillo. Lo que intento decirle es que, en mi opinión, es poco probable que a su hijo le haya pasado algo, y no se lo digo para tranquilizarla. Es pura estadística, y no detecto señales preocupantes que indiquen lo contrario. Su hijo volverá a casa en una o dos horas, como máximo mañana por la mañana, estoy seguro. El problema es que, si decido que su hijo ha desaparecido y se requiere una reacción inmediata, tengo la obligación de enviar efectivos a buscarlo. Son las normas. Y, según mi experiencia, probablemente lo encontraremos en una situación que a usted no le gustará en absoluto. ¿Qué hago en caso de que se haya drogado? No me quedaría otra alternativa que abrir un expediente. Por eso creo que no merece la pena empezar a buscarlo ahora, salvo que usted intuya que le ha pasado algo. Pero para ello tendría que darme alguna prueba o explicarme por qué piensa que le ha ocurrido algo. En tal caso, abrimos un expediente de desaparición y comenzamos la búsqueda. De lo contrario, conviene esperar hasta mañana por la mañana.

La observó, tratando de calibrar la impresión que le había causado su discurso improvisado. Se la veía perdida. No estaba acostumbrada a tomar decisiones, ni a insistir demasiado.

—No sé si le ha pasado algo —dijo—. Pero no suele desaparecer de esta manera.

Transcurrió un cuarto de hora y seguían ahí, en el despacho, sentados el uno frente al otro. No había salido a fumar desde las cinco. Su paquete de cigarrillos Time estaba sobre la mesa, con un pequeño mechero Bic de color negro encima. Además, tenía encendedores en los dos bolsillos del pantalón y otro en el de la camisa.

—Repasemos de nuevo los puntos más importantes para acordar lo que debe hacer cuando regrese casa, si es que el chaval aún no ha vuelto. ¿Le parece? Según usted, fue al instituto como de costumbre. ¿A qué hora, a las ocho menos diez?

—Ya se lo he dicho; no miré el reloj. Pero era la misma hora que todas las mañanas, hacia las ocho menos cuarto.

Apartó el teclado del ordenador y en un folio en blanco escribió frases cortas con un bolígrafo sin capuchón que había sacado de un cajón del escritorio. Lo sostenía de una manera muy rara, demasiado cerca de la punta y con todos los dedos de la mano. Las puntas de los dedos se le mancharon de tinta azul.

—La hora exacta no tiene importancia, señora. ¿Llevaba la cartera escolar como de costumbre? ¿Se fijó en si llevaba algo inusual, si la cartera contenía algo especialmente abultado, si falta algo de su armario?

—No me fijé.

—Y ¿en qué momento descubrió usted que se había dejado el móvil?

—Más tarde, cuando ordené su dormitorio.

—¿Le limpia la habitación todos los días?

—¿Cómo? No, a diario no. A veces; cuando se en-
sucia.

Sin embargo, a él le parecía una de esas mujeres que limpian todos los días. Menuda, de manos diminutas, estaba sentada al borde de la silla, encorvada y con un bolso negro de piel desteñida en el regazo. Con una mano sostenía el bolso y con la otra sujetaba un móvil azul, un modelo pequeño y anticuado de Samsung. Aquella mujer encogida, con un hijo de dieciséis años, tenía la misma edad que él, quizá un par de años más. En cualquier caso, no más de cuarenta. Eso no lo escribió porque no era relevante.

—El móvil estaba apagado, ¿no?

—Sí, estaba apagado. Lo encontré sobre la mesa de su habitación.

—¿Lo encendió?

—No, no lo encendí. ¿Cree que debería haberlo hecho?

Era la primera pregunta que le formulaba. Sus dedos se aferraron al bolso, y a él le pareció que algo se despertaba en la voz de la mujer, como si le hubiera dicho que, en cuanto encendiera el móvil, éste sonaría y el chico estaría al otro lado de la línea, asegurándole que iba camino de casa.

—No lo sé, señora. De todas maneras, le sugiero que lo encienda en cuanto llegue.

—Cuando encontré el móvil tuve un presentimiento. No recuerdo que lo haya olvidado ni una sola vez.

—Sí, eso me ha dicho usted —prosiguió Avraham—. Llamó a un compañero de instituto de su hijo a mediodía, ¿verdad?

—Esperé hasta las cuatro, porque a veces se retrasa; los miércoles tienen clases hasta las tres o las tres y media. Llamé pasadas las cuatro.

—Y usted cree al amigo, ¿verdad?

—Sí —afirmó decididamente, pero enseguida pareció dudar—. ¿Por qué? ¿A usted le parece que mintió? El chico notó que yo estaba preocupada.

—No sé si le mintió, señora; yo no lo conozco. Sólo sé que los amigos a veces se encubren mutuamente, y si su hijo hubiera decidido hacer novillos e ir a Tel Aviv para hacerse un tatuaje, por ejemplo, podría habérselo contado a su mejor amigo y pedirle que lo mantuviera en secreto.

«¿Eso hubiera hecho yo? —se preguntó Avraham—. Y ¿los chicos todavía usan la expresión *hacer novillos*?» Tal vez porque ella estaba tan angustiada, tan asustada de encontrarse en una comisaría frente a un policía uniformado, o tal vez porque se había hecho tarde, Avraham decidió no contarle que él había estudiado en el mismo instituto y que se acordaba de aquellas mañanas en las que se dirigía a la terminal de autobuses de la calle Shenkar y esperaba la línea 1 o la 3 para ir a Tel Aviv en lugar de asistir a clase. Jamás se lo contó a nadie, ni siquiera a sus pocos amigos. Eso sí, tenía preparada una coartada por si se tropezaba con algún profesor.

—Y ¿por qué iba a irse sin decírmelo? Nunca ha hecho nada parecido.

—Quién sabe, pero conviene aclararlo. Si no está en casa cuando usted regrese, le aconsejo que vuelva a llamar a su amigo, y también a otros amigos; pregunte a qué sitios suele ir. A lo mejor tiene una novia y no se lo ha contado, o cualquier otra cosa. Intente hacer memoria... Quizá le mencionó que tenía algún plan para el miércoles. Tal vez se lo contó y usted lo olvidó.

—¿Qué planes iba a tener? A mí no me dijo nada.

—¿Y a sus hermanos? ¿No les habrá contado algo que pueda tranquilizarnos? O algún otro familiar, algún primo, ¿un abuelo, tal vez?

Le pareció que su pregunta despertaba algo en ella, un pensamiento, pero sólo duró un instante. Aquella mujer se había dirigido a la comisaría con la esperanza de que alguien asumiera la responsabilidad en su lugar y empezara a buscar a su hijo, y aquella conversación la

desconcertaba. No debería estar allí. Si su marido no se encontrara en el extranjero, sería él y no ella quien estuviera en el despacho de Avraham Avraham, haciendo llamadas, amenazando, recurriendo a sus contactos. Sin embargo, la mandaban de vuelta a casa, con instrucciones de seguir buscando al chico ella sola, y el detective que tenía enfrente hablaba de su hijo como si fuera otra persona. El hecho de que hubiera empleado el plural para que no se sintiera sola con su preocupación no sirvió de nada. Él notó que la mujer deseaba poner fin de una vez a la conversación, aunque no quería volver a casa. Y en ese momento, sin que ella se diera cuenta, Avraham Avraham escribió el nombre Ofer Sharabi en la parte superior del folio y lo subrayó con dos líneas torcidas.

—Casi nunca habla con sus hermanos —dijo la mujer—. Su hermanito tiene cinco años y con su hermana apenas se relaciona.

—No estaría de más hablar con ellos. Por cierto, ¿tienen algún ordenador en casa?

—Hay uno en la habitación que comparte con su hermano.

—Entonces puede hacer algo más. Revise sus correos electrónicos y su cuenta de Facebook, si es que tiene. A lo mejor le escribió a alguien algo que nos tranquilice. ¿Sabe usted entrar en su cuenta?

Avraham sabía que ella no tenía intención alguna de hacerlo. Entonces ¿por qué se lo había preguntado? La mujer volvería a su casa y esperaría. Se sobresaltaría con cada llamada y cada murmullo en la escalera. Aunque su hijo no regresara por la noche, ella no se movería. Se quedaría esperando y al día siguiente volvería a la comisaría, vestida con la misma ropa, que no se habría quitado durante toda la noche. Iría a verlo a él. Posiblemente llamaría de nuevo a su marido, pero él no lograría apaciguarla.

Se produjo un silencio. La mujer no respondió a lo

del ordenador; quizá estaba ofendida o quizá le daba vergüenza confesar que no sabía hacer lo que él le había sugerido.

—Mire, señora, estoy intentando ayudarla. Su hijo no tiene antecedentes penales y usted afirma que no está involucrado en ningún asunto fuera de lo común. Los chicos normales no desaparecen. A veces no van a clase, se escapan de casa durante unas horas o les avergüenza volver porque les ha pasado algo que consideran terrible y creen que no se lo van a perdonar, aunque por lo general sea algo insignificante. Pero no desaparecen. Permítame que conjeture qué ha sucedido: su hijo decidió que hoy no iría al instituto porque tenía un examen importante y no había estudiado. ¿Sabe usted si tenía algún examen? Podría preguntárselo a su amigo. Supongamos que no estaba preparado y, como está acostumbrado a sacar buenas notas y no quería defraudar a sus padres, no ha ido al instituto y ha optado por deambular por las calles, o por meterse en un centro comercial, y al tropezarse con un profesor o algún conocido, se ha asustado, convencido de que todo el mundo sabría que había hecho novillos, y por eso no ha vuelto a casa. Es lo que les ocurre a los chicos normales. Por lo tanto, si no me oculta usted ningún dato relevante, no tiene por qué preocuparse.

A la mujer le tembló la voz.

—¿Qué le voy a ocultar? Yo sólo quiero que lo encuentren. Sin su móvil no puede llamar...

La conversación no llevaba a ninguna parte. Ya iba siendo hora de ponerle fin. Avraham Avraham suspiró.

—Su marido estará de vuelta en unos días, ¿verdad?

—En dos semanas. Está trabajando en un barco que navega rumbo a Trieste. Podría desembarcar dentro de cuatro días, en la primera escala.

—No hará falta. ¿Dónde están los hermanos de Ofer ahora?

—Con la vecina.

De pronto tomó conciencia de que era la primera vez que pronunciaba el nombre del chico en voz alta. Ofer. ¡Qué nombre tan bonito! De inmediato cambió su propio nombre de pila por el del chico, como solía hacer cuando oía nombres bonitos. Jugueteeó para sus adentros con un nombre que jamás tendría: Ofer Avraham. Subcomisario Ofer Avraham, comisario Ofer Avraham. El jefe de la policía, Ofer Avraham, acaba de anunciar su dimisión por razones personales.

—Le aconsejo que vuelva con sus hijos; le aseguro que no hará falta que nos veamos mañana. Dejaré instrucciones para que la llamen por la mañana para saber cómo siguen las cosas...

Avraham Avraham colocó el bolígrafo sobre la hoja de papel y apoyó la espalda contra el respaldo de la silla, pero la mujer no se levantó. Si no le decía explícitamente que la conversación había terminado, no se iría. Tal vez podría hacerle alguna pregunta más, pues a todas luces la mujer no quería quedarse sola.

Entonces Avraham se percató de que durante la conversación, sin darse cuenta siquiera, había esbozado al pie de la hoja la imagen azul de una persona: una larga línea perfilaba las caderas, el vientre y el cuello en un solo trazo; en un extremo, dos líneas diagonales representaban las piernas y, en el otro, dos líneas, los brazos; en la parte superior, un redondel era la cabeza y alrededor había algo enrollado parecido a una cuerda de la que se desprendían gotas azules de sangre. ¿O eran lágrimas? Aunque no había razón alguna para ello, tapó el dibujo con una mano. Tenía los dedos manchados de tinta azul.

Cuando Avraham se marchó, pasadas las siete, el cielo, por encima de la comisaría de policía y del Instituto Tecnológico de Holon, estaba negro casi por completo. Torció a la derecha por la calle Fichman y dobló a la izquierda en Golda Meir; allí se vio arrastrado por la masa de

deportistas que marchaban por el largo carril que conecta el barrio de Neve Remez con Kiriat Sharet, y procuró no contagiarse de su ritmo. Caminó despacio, muy despacio. Era una agradable tarde de primeros de mayo. A lo largo de los próximos meses no habría muchas tardes así.

Su pausado caminar había formado detrás de él pequeños atascos de deportistas, que en su mayoría le sacaban veinte o treinta años, vestían pantalones de chándal y camisetas de manga corta. Aminoraban la marcha, dudaban un instante antes de salir a la arena, adelantaban con un raudo saltito al agente uniformado y retomaban la pista asfaltada. Una mujer que podría ser su madre se topó con su brazo, se volvió y le dijo: «Perdone», y de pronto lo golpeó el ruido de los vehículos de la calzada, como si alguien le acabara de quitar unos tapones de los oídos.

Durante unos minutos no había oído nada. Tan sólo se había escuchado a sí mismo, su conversación interna. La mujer lo había dejado inquieto. No podía quitársela de la cabeza. Entonces se acordó del asesinato de Inbal Amram en 2006. En la sentencia del caso, que se envió por correo electrónico a todos los agentes del país, el jurado determinó que la policía había actuado con negligencia en la búsqueda y que era responsable de su muerte. Pero ahora las circunstancias eran diametralmente opuestas. El hijo de la mujer que había estado sentada frente a él no había desaparecido durante la noche, y de momento no había ningún indicio que aconsejara activar la normativa para casos de desaparición y proceder a su búsqueda inmediata. Avraham Avraham se había tomado la molestia de preguntar en los hospitales de la zona, en presencia de la madre, si habían atendido a un chico llamado Ofer Sharabi, y les describió su aspecto por si no se había identificado.

Antes de marcharse de la comisaría, había dejado

instrucciones para que le transmitieran cualquier información relevante que llegara, aunque fuera en plena noche. También dio instrucciones a la madre sobre cómo continuar la búsqueda por sí misma, y además le había dejado al agente de guardia una descripción de la mochila negra con bandas blancas, imitación de Adidas, por si llegaba un aviso de objeto sospechoso en la zona. A esas alturas, cualquier otra medida supondría una pérdida de recursos, por lo que podrían llamarle la atención. Pero si durante la noche le ocurría algo al muchacho, algo que se pudiera haber evitado, lo castigarían doblemente. Se arrepintió de su discursito sobre las novelas policíacas y las estadísticas de crímenes en Israel. A Inbal Amram la asesinó un ladrón de coches que ni siquiera la conocía, cuando se le complicó el atraco. El policía se prometió que no volvería a sacar a relucir esos temas.

En aquel lugar, antes sólo había arena. Ahora todo era transparente, de cristal. En las dunas que separan Neve Remez de Kiriat Sharet, dos localidades residenciales de color gris en las que había vivido casi toda la vida, habían brotado edificios de viviendas y una biblioteca municipal, además de un museo del diseño y el centro comercial que en la oscuridad parecía una estación espacial de la luna. A la izquierda, a medio camino de Kiriat Sharet, brillaban carteles luminosos de Zara, Office Depot y Café Joe, y Avraham se planteó cruzar la carretera y entrar en el centro comercial; podría comprarse un café con leche y un bocadillo de queso, sentarse a una de las mesitas desocupadas de la terraza y observar el apaciguante trasiego de las luces de los coches y pensar, pero, como casi todas las tardes, desistió.

Quería reflexionar acerca de otras investigaciones en curso. Había una sobre la que no tenían la menor pista: tres asaltos a viviendas la misma semana en dos calles aledañas de Kiriat Ben Gurion. Todos los asaltos se ha-

bían producido a la luz del día, mientras los ocupantes estaban ausentes. Irrupciones limpias, sin forzar cerraduras ni limar barrotes. Los asaltantes parecían disponer de información detallada sobre las horas de entrada y salida de sus habitantes y sabían abrir las puertas sin hacer ruido. Nada de robos espontáneos de drogadictos. Se habían llevado joyas, talonarios de cheques y dinero en efectivo. En una de las viviendas reventaron la caja fuerte.

Era una investigación frustrante. Lo único que podían hacer era esperar los próximos asaltos con la esperanza de que los ladrones dejaran alguna pista, cosa que no había ocurrido en los anteriores. O que parte del botín apareciera en algún almacén y hubiera alguien a quien interrogar. Tenía una corazonada que no se atrevió a mencionar en las reuniones de equipo: de los tres asaltos, sólo uno era auténtico, es decir, sólo uno era importante para los cacos. Lo que buscaban, y lo que debieron de encontrar, no tenía nada que ver con el dinero u otra posesión. Con los otros dos únicamente pretendían despistar a la policía.

En otra investigación tuvo bastante éxito, pero en los últimos dos días el caso se había complicado. Un chico de veinte años, Igor Kintaiev, exonerado del servicio militar, fue detenido como sospechoso de haber cometido una serie de acosos y agresiones a mujeres en el paseo marítimo de Bat Yam durante casi dos meses, aunque de manera intermitente. Una pareja de agentes lo detuvo durante una guardia rutinaria por merodear por el paseo detrás de mujeres generalmente mayores que él, de más de cuarenta años; luego daba media vuelta y se alejaba, o cruzaba la calle, hasta que vio a una señora y empezó a seguirla. Cuatro de las siete víctimas lo reconocieron en la rueda de identificación. En los primeros sondeos lo negó todo, pero dos días atrás comenzó a cantar en la sala de interrogatorios y se confesó culpable de decenas de infracciones que no estaban relacionadas con la inves-

tigación. Por ejemplo, del incendio de una residencia de ancianos en Hedera hacía dos años, o del intento de prenderle fuego a un restaurante en Guivat Olga en 2005 del que nadie había informado.

Era un tipo extraño que hablaba un hebreo raro. Su madre vivía en Kazán. Su padre había muerto en Israel. No tenía domicilio fijo. Vivió un tiempo en un sótano alquilado en Hedera y hacía seis meses que se había mudado al piso de unos familiares en Bat Yam, por razones de trabajo. Avraham Avraham no creyó ni una palabra de lo que dijo. En una de sus agresiones había cogido del brazo a la directora de marketing de una empresa de cosméticos, una mujer de unos cincuenta años, y se había llevado su mano al interior de sus pantalones, en medio del paseo marítimo, un viernes por la tarde. En el momento de la detención estaba indocumentado y no llevaba dinero, pero su mochila contenía una brújula nueva, muy sofisticada, y un ejemplar de *Sipur Pashut* de Shai Agnon,* una edición especial para estudiantes, de tapa blanda desgastada, de un azul desvaído. En la primera página había una dedicatoria fechada el 10 de agosto de 1993 y escrita a mano: «Para Joele, una simple historia de amor abortada». La firma estaba tapada con t́ipex.

Avraham Avraham no sabía por qué pensaba en lo que pensaba. Por alguna razón se imaginó el ordenador en la habitación de Ofer Sharabi y su hermano. Un ordenador viejo, pesado, de color crema, así se lo imaginó. Le interesaba especialmente la diferencia de edad de los hermanos. Un chico de dieciséis, una chica de catorce y un niño de cinco. ¿Por qué habían transcurrido nueve años entre la chica y el benjamín? ¿Por qué razón una pareja como

* Escritor israelí, premio nobel de literatura en 1966. El título de la novela citada, inédita en castellano, significa «Una simple historia». (*N. del t.*)

ésa, que empieza a traer niños al mundo, se planta de repente y espera tanto tiempo? Tal vez por la situación económica de la familia, o por razones de salud, o por una crisis matrimonial. Quizá la madre se había quedado embarazada y había sufrido un aborto natural. ¿Por qué demonios todo debe tener una explicación?

Avraham Avraham intentó reconstruir lo sucedido. Son las ocho de la mañana. Los tres hermanos se van al instituto y a la guardería y la madre se queda sola en casa. En el piso reina el silencio. Las habitaciones están vacías. Se oye hasta el roce de las cortinas blancas de la sala. ¿Qué hace la madre? A lo mejor se dedica a pasearse por las habitaciones silentes. El cuarto de los chicos, el más grande, con un sofá-cama y el escritorio con el ordenador anticuado. Al otro lado, la cama del niño pequeño, con barrotes protectores. Y el dormitorio de la chica, pequeño, de paredes blancas, con un espejo alargado colgado frente a la puerta, donde la mujer se encuentra cara a cara consigo misma. En la fantasía que ha elaborado Avraham, la señora carga con la cesta de la colada y camina sobre un suelo de mármol.

En la calle Alufei Zahal, que es la avenida principal a la entrada de Kiriat Sharet, había cinco jóvenes junto a la parada del 97, la línea que lleva a la estación de trenes Tel Aviv Norte. Una de las chicas, que se movía con una agilidad encantadora a pesar de ser bajita y rechoncha, llevaba unas mallas negras que no le quedaban muy bien y una sudadera gris de Gap. Le mostró algo en su iPod a uno de los chicos e insistió para que se pusiera los auriculares, pero él se negó y puso cara de asco. Avraham Avraham los miró fijamente, demasiado serio sin proponérselo, y los chicos se quedaron callados cuando pasó junto a ellos, sonriendo a sus espaldas. Es probable que la chica del iPod hiciera un gesto burlón. ¿Estaría Ofer con ellos? Tenía que estar allí o en alguna otra parada de autobús.

Al final de la entrevista con su madre, justo antes de que aceptara marcharse, la mujer le confesó que Ofer ya se había fugado de casa en dos ocasiones. La primera, cuando aún no había cumplido doce años, se fue andando en chanclas, recalcó, hasta Ramat Gan, a casa de sus abuelos. Era un día festivo y había discutido con su padre. Hacía un año se había peleado con ella y se había ido por la tarde, amenazando con no volver. Al final, volvió pasadas las nueve. Abrió la puerta de la calle con su llave y fue directo a su cuarto sin decir qué había hecho hasta entonces, y no volvieron a tocar el tema. Avraham Avraham le preguntó por qué no había acudido a la policía, pero no obtuvo respuesta. Quizá porque entonces el padre estaba en casa.

En la imaginación del policía se perfiló una escena. Ofer Sharabi, al que aún no conocía, deposita su mochila negra en un banco del parque desierto y en penumbra y se tumba de espaldas. Se abriga con una sudadera gris como la de la chica de la parada del autobús y se dispone a dormir. En el parque no hay ni un alma aparte de Ofer, lo que está bien. No hay peligro.

Avraham Avraham pasó por delante del edificio donde había crecido, en el número 26 de la calle Alufei Zahal. La casa de sus padres. Sin darse cuenta siquiera, alzó los ojos para observar la ventana de la tercera planta. Estaba cerrada y no había señales de vida. ¿Cuánto hacía que no iba? Las persianas de la segunda planta estaban subidas y en el alféizar había un hombre sin camisa sentado de espaldas a la calle, mirando hacia la sala iluminada, de la que surgían voces televisivas. Pronto darían las noticias. El vecino habló con alguien que se encontraba en el interior de la casa, posiblemente su mujer, que estaría en la cocina. Era uno de los vecinos que encontraron a su padre unos años atrás, en el descansillo de la escalera, tras sufrir un infarto.

Continuó andando cuesta arriba y entró en el supermercado de los georgianos. Por un momento pensó en cambiar de idea y cocinar algo para alejar sus pensamientos y alegrarse. A lo mejor, una simple botella de Côtes du Rhône y un paquete de raviolis frescos, de los que se cuecen en agua hirviendo y se condimentan con aceite de oliva y queso rallado. Pero algo volvió a abatirlo. Se dirigió al frigorífico y sacó un paquete individual de pasta de sésamo picante, y luego palpó los pocos panecillos que quedaban en la estantería del pan hasta que encontró uno algo más tierno. Cerca de la caja añadió a la cesta una bandejita de tomatitos. Si no hubiera olvidado llevarse el folio donde había anotado la dirección, habría vuelto a su casa, se habría puesto al volante y habría ido al edificio donde esperaba la madre; una vez allí, habría esperado hasta que Ofer Sharabi entrara en el vestíbulo y se oyeran los gritos o el llanto de la mujer. Habría dormido mejor. Pero se había olvidado el folio, a pesar de haberlo doblado hasta dejarlo como un cuadradito con la intención de guardarlo en el bolsillo de la camisa. Tal vez no había querido llevarse consigo un dibujo que por alguna razón lo había asustado. Tuvo una idea: llamaría a Ilana y lo consultaría con ella. Si Ilana le decía que debía volver a la comisaría y activar de inmediato el protocolo de actuación, lo haría a pesar de la hora tardía. No obstante, el hecho de llamarla volvería a poner en evidencia su inseguridad, de modo que lo descartó. Pagó con la tarjeta de crédito para no gastar el poco dinero en efectivo que llevaba en la cartera.

Volvió por Alufei Zahal, pasó otra vez frente a la casa de sus padres y decidió que no valía la pena subir. Su padre seguramente estaría sentado a oscuras frente al televisor, de manera que era un mal momento para molestarlo. Su madre, si no había salido a caminar, debía de estar sentada junto a la mesa de la cocina hablando por teléfono. No

tenía ganas de escucharla. De todos modos, su voz sonaba en su interior, hablando con alguna amiga: «Acaba de llegar mi Avi. Tengo que ir a calentarle algo de comer».

Prefirió comer solo y sintonizar el canal Hollmark, que emitía un episodio repetido de la tercera temporada de «Ley y orden», que ya había visto un sinfín de veces. Cada vez que lo veía descubría algo nuevo: otro error en la investigación, una nueva manera de salvar al culpable. Bajó por la calle, giró a la izquierda y continuó caminando unos tres minutos entre bloques desiertos y en penumbra hasta que llegó al suyo, en la calle Yom Kippur.

Por la noche dejaría el móvil encendido junto a la cama, por si lo llamaban de comisaría.